

sentimiento y cooperacion de los Estados. Repugnaban muchísimo, los de Malinas sobre todo, la exaltacion de Granvela á su silla arzobispal, debiendo observar de paso que fué esta elevacion uno de los principales motivos de la odiosidad con que se le miraba. Enviaron los de Brabante una secreta exposicion al Papa suplicándole la alteracion de la medida, ó á lo menos una rémora. Mas la Gobernadora, ó por mejor decir el Cardenal, que de todo tenia espías, envió por su parte á la córte de Roma una manifestacion secreta en contra de la de los de la provincia, haciéndole ver el espíritu de disidencia y animadversion hácia Roma que en aquellas provincias dominaba. Tambien reclamaron los de Amberes á Felipe, suplicándole no hiciese á su ciudad residencia de un obispo: á lo que les respondió el rey que se suspenderia la ejecucion de esta medida, hasta su próximo viaje á los Países-Bajos.

Se negaron abiertamente algunas ciudades á la admision de sus obispos. No los quisieron en Deventer, Ruremonde y Lewarden. Otras, como Harlem, Utrecht, Saint-Omer y Middleburgo los admitieron sin ninguna repugnancia. En Malinas ningun grande asistió á la ceremonia de la solemne instalacion del arzobispo, habiéndose ya declarado una especie de ruptura abierta entre ellos y Granvela. Poco á poco fué tomando éste nuevos vuelos, hasta el punto de ser considerado de hecho como de derecho único y solo gobernante en los Países-Bajos.

Al mismo tiempo se reforzaban los edictos y se tomaban cada vez medidas mas severas contra la heregia, pero con escasos resultados. Poco á poco se iba haciendo la religion del rey de España tan impopular como su gobierno mismo. La mayor parte de los grandes atizaban en secreto, si no se mostraban partidarios abiertos de las nuevas sectas que habian invadido los Países-Bajos. Luteranos, calvinistas, anabaptistas, todos recorrian el pais y hacian prosélitos. Aunque no tenian todavía estas doc-

trinas lo que se llama culto público, la imprenta y la predicacion aumentaban cada dia el número de los sectarios. Hubo serias turbulencias en varios puntos con motivo de estos sermones, sobre todo en Tournay, Lilla y Valenciennes. Para el sosiego de los primeros se acudió muy pronto y con buen éxito, mas no sucedió lo mismo en la última ciudad, donde llevaron presos á la cárcel á Maillar y Taveano, principales misioneros que arrastraban tras sí la muchedumbre. Se trataba de conducirlos al cadalso, mas temian la efervescencia popular y escogitaban los medios de llevar adelante y sin riesgo sus designios. Escogieron para eso un dia en que gran parte del vecindario estaba fuera de la ciudad con motivo de una feria. Mas no dejó por eso de reunirse un número considerable que invadió la plaza de la ejecucion é impidió que se verificase aquel suplicio. Temieron los agentes de la autoridad y volvieron á la cárcel á los reos, seguidos de la muchedumbre que los llenó de aclamaciones entonando cánticos. Pasaron los alborotadores al momento al convento de Santo Domingo, que invadieron y saquearon; á poco despues cayeron sobre la cárcel poniendo en libertad á los dos reos, mas dejaron en ella los que estaban allí por otros crímenes.

Duró todavía algunos dias el tumulto; mas llegaron tropas de afuera que calmaron el desorden. Los dos reos fueron cogidos otra vez, conducidos á la cárcel y poco despues sacados al patíbulo, donde su muerte tuvo efecto, ejerciéndose ademas otras medidas de rigor con los principales cómplices.

Seguia mientras tanto la disidencia entre los grandes y Granvela. Dejaron los primeros de asistir al Consejo, bajo el pretexto de que no se les daba cuenta de los negocios principales, y que las reuniones eran meramente de aparato. Sabedor de ello el rey por la Gobernadora envió amonestaciones para que cambiasen de conducta. Mas hicieron poco efecto: primero, porque verdaderamente los grandes hacian poco papel en una reunion

donde no se presentaban mas que negocios de poca consecuencia; y segundo, porque en el estado en que las cosas se habian puesto, convenia á los grandes disidentes hacer ver los motivos de queja que les daban. La Gobernadora mandó celebrar entonces una asamblea extraordinaria de los caballeros del Toison de Oro, medida á que se apelaba cuando se trataba de calmar los ánimos y deslumbrar por medio de una pompa tan solemne. Se les dieron tres dias de término para hacer su presentacion en esta ceremonia, por haberse observado la poca prisa con que los grandes acudian á dicho llamamiento. De esta dilacion ó plazo se aprovechó el príncipe de Orange para reunir en su casa á los principales personajes, á quienes hizo ver los peligros que les rodeaban á ellos, los que amenazaban al país á continuar un sistema de administración tan mal entendido, con tantas imprudencias apoyado; que era imposible la tranquilidad en Flandes mientras á la cabeza de los negocios permaneciese un prelado de carácter tan inflexible y tan despótico, extraño á sus usos y costumbres. En nada se apartó en su arenga de los sentimientos de fidelidad y de respeto que debian al monarca, política hábil en el príncipe de Orange, tan reservado siempre en todas sus palabras, y que no descubria nunca todo el fondo de su alma.

La arenga hizo impresion, mas encontró disgusto en algunos y abierta repugnancia en otros. Le contradijo el conde de Barlamot, haciéndole ver que se avenia mal el respeto profesado al rey con la abierta resistencia que se hacia á las disposiciones de los ministros y agentes del monarca. Sin embargo, la mayoría de aquella reunion adoptó y tomó parte en los sentimientos del príncipe de Orange.

A la Gobernadora, instruida de esta reunion, le pareció un espediente de necesidad dividir y excitar rivalidades entre personajes cuya union no podia menos de presentarle formidable. El rey de España le daba este consejo, considerándola una medida necesaria. Para llevarla á efec-

to, mandó de embajador á la Dieta, convocada para la eleccion del rey de los romanos, al conde de Arescot, rival del príncipe de Orange. Tambien se hicieron distinciones con el conde de Egmont, para ponerle en pugna con la misma persona á quien se mostraba tan adicto; mas los motivos que tenian estos grandes personajes de vivir unidos, eran superiores á todos los intereses que podia crear para ellos la política de la Gobernadora.

Aunque lo dicho hasta el presente, y lo que manifestemos en seguida de algunas personas influyentes de los Países-Bajos, den bastantes luces sobre su carácter, indicaremos de ellos algunas particularidades que harán comprender mejor el papel que van á representar en estas turbulencias. Comenzaremos por el mas importante de ellos, á saber, el príncipe de Orange.

Habia nacido el príncipe de Orange el año de 1533, de un padre luterano, capitan entendido, que habia servido con distincion en los ejércitos de Carlos V. Descendia de la ilustre familia de Nassau, cuyos condes, por su enlace con la heredera del principado de Orange, en el mediodía de Francia, tomaban este título de príncipes de Orange. Era príncipe del imperio, y poseia ademas cuantiosos bienes en los Países-Bajos. Fué criado el príncipe en la religion católica y en el palacio de Carlos V, de quien era paje, favorito, y hasta consejero en muchos casos, pues el emperador hacia aprecio de sus observaciones, y no se desdeñaba de tomar su parecer, á pesar de hallarse con tan pocos años. Siguió, pues, al emperador en todos sus viajes y campaña, gran teatro de observacion para un hombre de su carácter, y escuela práctica donde tomó lecciones que tanto le sirvieron en lo sucesivo. Para comprender mejor lo cerca que estaba siempre su persona de la de Carlos V, basta recordar que en la gran ceremonia de la abdicacion, cuando se levantó el emperador para arengar á los Estados, se apoyó con la mano izquierda en el hombro del príncipe de Orange.

Era este personaje ambicioso, sin cuya cualidad no

hubiera hecho un papel tan distinguido. Aspiraba á la dominacion de los Países-Bajos, aunque con el carácter de delegado de Felipe. No habiéndola obtenido, considerándose objeto de desconfianza, y lo era en efecto, para el rey de España, trató de hacer á su gobierno cuanta oposicion le era posible, y obtener por este medio lo que el favor le denegaba. No podian serle mas favorables las circunstancias, ni servir mejor á sus designios la política errada de Felipe. Tenia medios de satisfacer su ambicion, haciéndose apoyo de los oprimidos, mostrándose defensor de los privilegios del pais, respetados tan poco por el rey de España. Era el príncipe instruido, observador, gran conocedor de los negocios y los hombres, popular, magnífico, hasta pródigo: sabia conservar en el ruido, y hasta en el tumulto de un festin, sus verdaderos sentimientos, y no decir mas que lo que estaba en armonía con sus designios ó política. Era de una reserva proverbial, tan sério, tan avaro de palabras, que mereció el título de Taciturno. Aunque criado en la religion católica, se hizo siempre sospechoso por sus opiniones, y como para confirmar este concepto, acababa de casarse con una princesa luterana.

El conde de Egmont, otro de los personajes que hacen un gran papel en este drama, alcanzaba casi tanta fama como el príncipe de Orange; mas por medios diferentes. De algunos mas años que el primero, se habia distinguido como cortesano, como hombre de negocios, pues habia sido honrado con varias embajadas, y sobre todo como hombre de guerra, en cuyo teatro lucieron varias veces su capacidad y bizarría. Le hemos visto en la batalla de San Quintin derrotar la caballería francesa al frente de la de Felipe, comenzando de este modo una derrota que hizo tan famosa esta jornada. En la de Gravelines, mandó en jefe el ejército del rey de España. Reunida esta gloria personal á las riquezas, á su posicion en el pais, hacian del conde de Egmont uno de los principales personajes de aquel tiempo.

Era el conde de Egmont tan franco y abierto en sus maneras como reservado el príncipe de Orange; casi se puede decir que alcanzaba mas popularidad por esta misma circunstancia. Manifestaba sus quejas sin disfraz y sin rodeos; con sentimientos mas reales de adhesion y lealtad al rey de España, se expresaba acerca de él muchas veces sin ninguna consideracion, ni miramiento. No disimulaba su adersion al Cardenal Granvela, y con la princesa Gobernadora se mostraba franco consejero y no pocas veces censor bastante duro. Con el príncipe de Orange, á pesar de la poca armonía de carácter, llevaba relaciones de amistad; tan fuertes eran los vínculos con que la política del rey de España hacia unir á los principales personajes de los Países-Bajos.

Citaremos tambien al conde de Horn, que aunque no de tanta nombradía como los otros dos, era personaje de importancia; de alguna mas edad que ninguno de ambos, militar tambien y de buen nombre, adicto de corazon al príncipe de Orange, que habia sabido ganarsele por los medios que en él eran tan comunes.

La regente no pudo, pues, introducir la division entre estas tres personas. Era necesario otro resorte mas fuerte que el de una simple distincion ó gracia de la corte.

Acordaron los tres el escribir al rey de España, exponiéndole los males del pais, produciendo quejas contra la persona del ministro, cuya separacion le hacian ver que era del todo indispensable. Se extendió la carta con la anuencia de otros mas nobles, mas algunos se resistieron á firmar, y no fué suscrita mas que con los tres nombres indicados.

La Gobernadora, que por sus espías era sabedora de todos estos pasos, escribió por parte á su hermano, haciéndole ver la confabulacion en que se hallaban los grandes del pais, y lo fácil que era no le presentasen la verdad con sus colores verdaderos.

Recibió mal el mensaje el rey de España. Respon-

dió que no estaba acostumbrado á destituir á ninguno de sus servidores por las acusaciones de sus enemigos; que presentasen cargos positivos contra el Cardenal, y que si querian dar un carácter mas formal á dicha acusacion, viniese uno de ellos á producirla de palabra.

Constante siempre en su máxima de dividir á los que creia cabezas de la oposicion, escribió por parte al conde de Egmont en términos muy expresivos y afectuosos; mas fué en vano, pues volvieron á escribir los tres, diciendo al rey que no se presentaban como acusadores de nadie, sino como hombres que daban un consejo, cuya admision aconsejaba la política. A las amonestaciones del rey para que asistiesen al Consejo, respondieron que era un paso inútil, por cuanto en el Consejo no se trataban en público ningunos asuntos de importancia. El conde de Egmont respondió tambien por parte, diciendo que le era imposible presentarse en Madrid como el rey se lo insinuaba; que este paso, en lugar de ser útil á la causa del pais, arruinaria su reputacion, que podia ser tan útil á los intereses de su soberano.

Así quedaron por entonces los negocios. La mayor parte de los grandes salieron de Bruselas, y el Cardenal quedó, como siempre, omnipotente. Mas creciendo cada dia los odios y las animosidades de los grandes y del pueblo, volvió el conde de Egmont á exponer á la Regente los males que iba á acarrear á los Países-Bajos la continuacion de este personaje en el gobierno. La princesa, ó bien convencida de esto mismo, ó tal vez disgustada interiormente de un hombre cuya preponderancia y verdadera autoridad hacia á la suya propia tanta sombra, se decidió por fin á escribir al rey, aconsejándole que tomase este asunto en consideracion, y se penetrase de que era ya necesaria la remocion de su ministro.

En cuanto á Granvela mismo, que no ignoraba ni estos pasos, ni las disposiciones de los ánimos, no tenia por prudente el insistir en conservar un puesto precario, que tantos disgustos le acarrea. Tambien dió pa-

sos por su parte para su separacion, aunque tanto humillaba entonces su amor propio. Mas de todos modos el rey, á quien tantas quejas y amonestaciones hicieron por fin fuerza, consintió en un acto que le repugnaba como depresivo de su autoridad, y Granvela recibió la orden de ausentarse de los Países-Bajos.

Preparado á este golpe el Cardenal, habia escrito con anticipacion al duque de Alba pidiéndole sus consejos y su proteccion para que le obtuviese un puesto en la corte de Felipe; mas no quiso comprometerse dicho personaje en dar este paso delicado, y aconsejó al Cardenal que se retirase por entonces á Borgoña ó al Franco Condado, pais de su naturaleza. Tomó Granvela su consejo, y salió de Bruselas, dirigiéndose á Besanzon, de donde tomó muy luego el camino para Roma.

Ya nos encontraremos mas adelante con este personaje, que apesar de su separacion de los Países-Bajos, nunca perdió el favor del rey de España.

CAPITULO XXVIII.

Sigue la materia del anterior.-Edictos sobre la Inquisicion.-Sobre el concilio de Trento.-Confederacion de la nobleza.-Mendigos.-Excesos de los nuevos sectarios.-Represiones.--Medidas medias.-Entrada de tropas.-Recobra la Gobernadora el ascendiente.-Castigos de sectarios.-Disolucion de la confederacion.-Retirada del príncipe de Orange.-Resuelve el rey de España enviar al duque de Alba á los Países-Bajos.

1565 - 1567. (1).

Fué la separacion del Cardenal Granvela de los Países-Bajos una medida sin duda muy prudente; mas no estaba en esto la verdadera llaga, la verdadera causa de los disturbios que los molestaban. Tal cual Granvela se mostraba, no era mas que el verdadero agente de la po-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.